

Los legados de Salvador Allende

Artículo escrito para
Cuadernos de Orientación Socialista,
Octubre de 1983
Clodomiro Almeyda

Resulta imposible intentar identificar y valorar el aporte de un hombre a la historia, de un actor político a la sociedad en que vivió, sin referirse, al menos sumariamente, a la vida del personaje de que trata, a su entronque con el tejido social, y al ambiente político y cultural de los cuales se nutrió, nexos que en último término explica el porqué de su permanencia, más allá de su muerte, a través del mensaje que entrega a su posteridad y de la vigencia de los valores que contribuyó con su obra y su vida a crear o enfatizar.

Salvador Allende constituye un ejemplo típico del hombre de la clase media intelectual chilena, forjada en la escuela democrática del Liceo y de la Universidad liberal y progresista, producto de las luchas sociales y políticas del siglo XIX y que tanta influencia ha ejercido en la conformación ideológica de las clases políticas de Chile en la presente centuria.

Los valores decimonónicos que diseminó por el mundo la Revolución Francesa, permearon hegemónicamente el ambiente cultural de la mesocracia chilena y alimentaron ideológicamente a los partidos liberales y al radicalismo chileno. En ese clima espiritual se formó Salvador Allende. En su adolescencia, y luego en la Universidad, experimentó el impacto ideológico del socialismo y de la Revolución de Octubre, vivió intensamente los efectos sociales aleccionadores de la gran crisis de 1929 en nuestra patria, y se insertó, ya en esa época, como estudiante, en el agitado y convulso quehacer político de su tiempo, que vio emerger a la efímera, pero penetrante República Socialista de Chile del 4 de junio de 1932 y cuya estela cristalizó, el año siguiente, en la creación del Partido Socialista, del cual fue uno de sus fundadores.

En íntimo contacto, desde entonces, con el movimiento obrero, Allende ayudó desde su Partido a la conformación, en 1936, del Frente Popular y, muy joven, luego de una primera experiencia parlamentaria, fue requerido por el Presidente radical Pedro Aguirre Cerda –quien triunfa al frente de aquella alianza política- para integrar, en su calidad de médico y militante, uno de sus gabinetes como Ministro de Salubridad. Ello le permitió adentrarse profundamente en la problemática social del pueblo chileno y ser observador participante en los esfuerzos del gobierno por desarrollar hacia adentro la economía del país, promover su industrialización bajo la inspiración y estímulo del Estado, ampliar y profundizar la participación democrática del pueblo en los asuntos públicos y mejorar sus condiciones de vida, redistribuyendo en su favor el ingreso nacional.

Desde esa época pudo Salvador Allende constatar, a través de su práctica, cómo el pueblo organizado podía influir desde el poder para avanzar hacia superiores y más justas formas de convivencia colectiva, como asimismo comprobar las limitaciones que esos avances tienen dentro del modo de producción capitalista y del Estado

burgués, y de la necesidad de transformarlos en la dirección del socialismo, si no se quiere que los procesos reformistas se desvíen y se deformen integrándose sus logros en la estructura de poder de las clases dominantes.

Se confundieron pues, muy pronto, en la vida de Allende, los roles de luchador social, de hombre de Estado y de combatiente por el socialismo. Su perspectiva para juzgar la realidad se enriqueció notablemente, también, en la medida que como dirigente del Partido Socialista, del cual llegó a ser Secretario General en 1943, y como parlamentario durante treinta años, estuvo presente como actor permanente en todos los episodios políticos chilenos de la época, sin abandonar nunca la militancia partidista y sin dejar tampoco nunca de mantener relaciones directas y personales con lo más representativo de las organizaciones populares chilenas, ya sea en el plano sindical, cultural, profesional o de las relaciones internacionales.

No fue casualidad que Allende fuera elegido Presidente del Colegio Médico de Chile, varias veces candidato presidencial de la izquierda, ascendiera a la Presidencia del Senado de la República y representara en esos largos cincuenta años de su vida política, a la izquierda, a su partido, al Gobierno y al Parlamento chilenos, en la más variada gama de torneos y organismos internacionales gubernativos o no gubernamentales, culminando su vida política como Presidente de Chile, tras su elección en 1970 como representante de las fuerzas democráticas avanzadas, aglutinadas en la Unidad Popular.

Allende no fue un ideólogo. Y si bien su acceso a la política y los parámetros fundamentales que definieron su trayectoria pública estuvieron determinados siempre por su opción consciente y cada vez más profunda por el socialismo, entendido en los términos del pensamiento marxista, su quehacer político estuvo siempre motivado en la coyuntura por las exigencias concretas de la lucha, por las demandas reales y objetivas de los trabajadores y de la sociedad chilena y por la aspiración a ganar siempre más influencia y poder para el pueblo organizado.

Tampoco fue un político puramente pragmático, y aunque siempre quiso y logró intervenir en la coyuntura, nunca lo hizo perdiendo de vista el objetivo final, sino adecuando su propuesta política a la realidad concreta, pensando siempre – intuitivamente y con razón- que el proceso político se da en el terreno de las fuerzas y no en el de las ideas, lo que no significa menospreciar a estas últimas, sino valorarlas en cuanto esclarecen y no en cuanto confunden, en cuanto movilizan y no en cuanto sumen en la perplejidad, en el desconcierto y en el inmovilismo. Siempre tuvo claro que la política era una cuestión de poder y no de tener la razón. De ahí que muchas veces su aproximación a las cuestiones políticas divergiera y se distanciara de las políticas ideologizantes, cuya relación con lo concreto se empobrece y distorsiona, porque no son capaces de captar lo particular, de descubrir en la apariencia la manifestación de lo esencial, y no pueden así, encontrar en la vida y por los caminos de la vida la vía posible para transformarla y convertir, en los hechos, la idea en realidad.

Confieso que en más de una ocasión pensé que el innegable sentido de la realidad que percibía en Allende, por la vía del pragmatismo, podía conducirlo a posturas oportunistas; pero cuando junto a él y como su inmediato colaborador en el Gobierno de la Unidad Popular, desde el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, estuve

en condiciones de vivir y ya no sólo suponer su conducta política, pude también constatar y dar fe que Allende en todo momento actuó en función de su compromiso con el pueblo y el socialismo, rasgo esencial de su personalidad moral y política, que rubricó con su muerte en combate, dando con ello una muestra elocuente e indesmentible de su lealtad a la causa democrática y socialista que abrazó desde su juventud y por la que entregó su vida peleando, ese día siniestro del 11 de septiembre de 1973, día que ingresará a nuestra historia más por la luz con que el sacrificio de Allende ha contribuido a iluminarla que por la oscuridad y el oprobio con que quisieron empañarla la traición y la cobardía de un puñado de repugnantes generales vende-patrias.

Diseñada así, en breves palabras, la vida, la experiencia y la personalidad política de Allende, intentaremos recoger de ellas lo esencial, lo vigente, lo que constituye su legado al pueblo de Chile y a la historia, su mensaje a quienes tienen la tarea de reemprender el camino interrumpido por su muerte, luchando por reencontrar a Chile con sí mismo, para hacer retomar creativamente a su pueblo la faena de ir reconstruyéndolo en la dirección del socialismo, en términos –como acostumbraba decirlo Salvador Allende- de democracia, pluralismo y libertad.

El legado democrático

En primer lugar, quiero destacar la significación de esta trilogía –democracia, pluralismo y libertad- que también, no por casualidad, estaba siempre presente en el discurso político de Salvador Allende. A través de esta trilogía se refleja la forma en que se vierte en su pensamiento y en su obra política, el ingrediente democrático y libertario de la tradición política republicana de Chile.

Se acostumbra decir, por nuestros adversarios, que la adhesión de la izquierda chilena a los principios democráticos es sólo instrumental, mediatizada y oportunista. Nada más lejos del pensamiento de Allende. Su formación ideológica, su vida y lo que hizo desde la oposición o desde el Gobierno, acreditan precisamente lo contrario. La internalización, en su espíritu, del contenido permanente del humanismo democrático y libertario inspiró toda su conducta política. Y lo prueban no sólo su palabra reiterada, sino que la gestión misma de su gobierno, donde imperó siempre la más absoluta libertad, se respetaron los derechos humanos y donde fueron la Constitución y la ley los parámetros fundamentales en los que se enmarcó su conducta, hechos todos que adquieren hoy en día especial relevancia, cuando es la expropiación de la soberanía del pueblo, el atropello a las libertades y derechos del hombre, y la arbitrariedad más acusada, el rasgo principal que define a la dictadura represiva militar.

El mensaje democrático y libertario de Allende cristaliza valores nacionales, producto de nuestra propia historia, expresa una característica señalada del ser nacional, de la manera de ser de los chilenos, en que el respeto a la opinión ajena y la tolerancia con los que disienten, le dan sentido pleno al levantamiento del pluralismo como senda y camino para la búsqueda de la solución a los problemas sociales y nacionales.

Por eso no es extraño que, acorde con esta orientación de su mensaje, todas las fuerzas democráticas que se oponen y resisten a la dictadura coincidan en que el

retorno a la democracia, la vigencia de los derechos humanos –tal como se expresan en la Carta de Naciones Unidas- y el reconocimiento al pluripartidismo son supuestos básicos para la reconstrucción de Chile, de manera que en un clima de libertad pueda escoger después el pueblo –una vez derrocada la dictadura-, libre y soberanamente, la mejor opción, a su juicio, de las que le ofrezcan las diferentes fuerzas políticas del país.

En este orden de cosas, el legado de Allende tiene también una complementaria e indirecta significación. El hecho de que la contrarrevolución haya logrado derribar a su gobierno y él muriera combatiendo contra ella, nos enseña también que el proceso de transformación revolucionaria de una sociedad debe ser capaz de defenderse, tener la fortaleza necesaria, emergida del hegemónico apoyo popular y del respaldo de fuerzas armadas comprometidas con él, como para enfrentar y vencer a los enemigos, que necesariamente han intentado e intentarán usar la violencia y sembrar el caos y la anarquía para desestabilizar y derrocar a los gobiernos populares y revolucionarios.

El respeto a los derechos humanos y a la ley, el reconocimiento del pluralismo ideológico y político en la sociedad, no es incompatible, sino complementario con la existencia de un Estado fuerte, sustentado en la adhesión consciente del pueblo organizado y dotado de las armas necesarias para defender ideológica, política y materialmente el proceso revolucionario y para orientar y dirigir a las masas hacia el logro de sus ambiciosos y difíciles objetivos.

El imperio de la libertad sin el fortalecimiento del poder revolucionario crea las condiciones no sólo para el éxito de la contrarrevolución, sino también para que ésta suprima esa libertad, expropie la soberanía al pueblo y lo someta a la más abyecta de las opresiones, como lo demuestra elocuentemente la experiencia chilena y el trágico fin de Salvador Allende, su principal protagonista.

Su legado unitario

Una de las características que singularizan a la izquierda chilena, dentro de sus congéneres latinoamericanas, es que desde la gran depresión de los años 30 en adelante –cuando se inicia la época del desarrollo económico hacia adentro-, hasta el presente, ha sido la de haber predominado siempre en su seno –salvo períodos excepcionales- las tendencias unitarias, dando origen a distintas formas de alianzas políticas entre las clases medias y el movimiento obrero, a través de sus partidos más representativos.

Tanto en los planos social como político e ideológico, las izquierdas chilenas se han comportado en general, durante los últimos cincuenta años, reconociendo siempre en las fuerzas conservadoras a su enemigo principal y entendiendo las pugnas entre los partidos populares como antagonismos secundarios.

La primera cristalización de esta tendencia unitaria progresivamente prevaleciente la constituyó el Frente Popular, desde 1936 hasta los primeros años cuarenta, que reunió, en una sola coalición política, a radicales, democráticos, socialistas y comunistas, fenómeno inusitado en América Latina y coetáneo al surgimiento y desarrollo de semejantes Frentes Populares en Francia y España. A esa

combinación política sucede, siempre en los años cuarenta, la llamada Alianza Democrática, con una semejante estructura partidista. En los años cincuenta, se constituye el Frente del Pueblo –en el que ya los partidos ligados al movimiento obrero son hegemónicos y no los representativos de las capas medias, como en las alianzas anteriores-, el que se va progresivamente ampliando y fortaleciendo, se proyecta en el Frente de Acción Popular, hasta constituirse, a fines de los años 60, la Unidad Popular, como frente que comprende ahora a socialistas, comunistas, radicales, sectores de izquierda segregados de la Democracia Cristiana y los residuos también de izquierda del populismo ibañista, que tuvo efímero florecimiento a principios de los cincuenta.

Esta tendencia unitaria predominante y que se ha mantenido, en lo esencial, hasta ahora, atravesando la difícil coyuntura de la caída del gobierno de la Unidad Popular sin fracturas importantes, constituye una valiosa conquista del pueblo chileno, un logro de relevante significación en nuestra historia política, y que permite, si se sostiene y profundiza, abrigar un responsable optimismo estratégico en relación al futuro político de nuestro país.

Como todas las grandes conquistas populares, la unidad de la izquierda chilena no ha sido fácil alcanzarla. Las pugnas entre socialistas y comunistas, primero, entre radicales y socialistas y entre radicales y comunistas, en ciertos tiempos, y del populismo ibañista contra los partidos populares tradicionales, pusieron en peligro, en más de una ocasión, la unidad de las fuerzas populares. Pero siempre, estas contradicciones tendieron a resolverse, en último término, con salidas políticas favorables a la unidad. Sin este fenómeno, no podría comprenderse la performance electoral de la izquierda en las contiendas presidenciales de 1958 y 1964 y, luego, la victoria de Salvador Allende en 1970.

Durante el medio siglo en que se desarrolló este proceso político en la izquierda, en el que siempre la unidad salió triunfante, el esfuerzo y la presión unitaria de Salvador Allende jugaron un papel decisivo. Se puede decir que el mayor aporte de Allende a la historia de su país y de su pueblo ha sido su determinante contribución a forjar la unidad esencial de las fuerzas populares chilenas, unidad cuya defensa, consolidación y superación constituyen tarea prioritaria para los demócratas y revolucionarios chilenos de hoy y del mañana, como prolongación del quehacer unitario de Allende y como cumplimiento de su principal legado a la historia de Chile. Empresa ésta que no fue fácil, pues el Partido Socialista nació con una fuerte vocación hegemónica, que lo hacía proclive al aislacionismo y era fuente de un notorio chauvinismo partidario que dificultaba su inserción unitaria en el seno de la izquierda.

Durante los años cincuenta, Salvador Allende fue el arquitecto fundamental en establecer los cimientos del entendimiento y la unidad socialista – comunista, firme pilar que otorga una sólida base de sustentación hasta el presente a la unidad de las fuerzas populares chilenas. Esta empresa estaba erizada de dificultades. Las querellas ideológicas con los comunistas –todavía influidos por las prácticas intolerantes del período estalinista y agravadas por su parte por las fuertes reminiscencias anarquizantes y trotskitizantes en el Partido Socialista-, y por otro lado, la virulenta rivalidad entre ambos partidos por el predominio sindical y su lucha

competitiva por hegemonizar al movimiento obrero, hacían de este intento por favorecer el entendimiento socialista – comunista, una tarea ardua y compleja.

Allende trabajó persistentemente en esta tarea y es obra en gran parte suya el que en Chile –a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de los países del mundo, con gran daño para las fuerzas progresistas de la humanidad-, socialistas y comunistas se hayan ido acostumbrando a entenderse, conocerse recíprocamente e influenciarse entre sí, hechos todos que, principalmente con vistas al futuro de Chile, tienen una importancia extraordinaria.

Durante los años sesenta, el empeño de Allende en su política perseverante por construir la unidad política del pueblo chileno, estuvo marcada en primer lugar por su esfuerzo por vencer la resistencia sectaria del Partido Socialista para coligarse junto con los comunistas y otras fuerzas de izquierda con el Partido Radical, al que se lo identificaba, a mi juicio erróneamente, como expresión transparente de la burguesía productiva nacional, clase social a la cual los socialistas le negaban, con razón, la condición de componente idóneo de una coalición de fuerzas democrático – revolucionarias. También Allende pudo triunfar en estos empeños y el radicalismo, purgado de sus ingredientes más conservadores, pasó a ser parte integrante de la Unidad Popular.

En segundo lugar, durante este decenio, Allende fue activo promotor y el más entusiasta partidario, de que la izquierda se abriera para recibir en su seno a los sectores avanzados de la Democracia Cristiana que habían abandonado ese partido, por discrepancias con la orientación de derecha que había asumido durante la segunda parte de la administración del Presidente Frei. Igualmente se esforzó Allende por ligar a los partidos tradicionales de izquierda en ese período, con los remanentes más progresistas de lo que fue el populismo ibañista de los años cincuenta y que todavía tenían alguna significación política.

De este modo, puede afirmarse que Salvador Allende fue el constructor fundamental de la unidad de la izquierda chilena, que cristalizó, a fines de los sesenta, en la Unidad Popular y que lo llevó a la victoria en la campaña presidencial de 1970.

Pese a los cambios fundamentales ocurridos en Chile desde el golpe fascista hasta el presente, y a las tendencias disgregadoras que siempre acompañan a los reflujos políticos, los parámetros esenciales para mantener y desarrollar en el futuro la unidad social y política del movimiento popular chileno siguen siempre vigentes y cada vez más necesarios.

Durante su gobierno, Allende comprendió –a través de la práctica- que el grado de homogeneidad y de concierto de la alianza política que constituía la Unidad Popular, era insuficiente. Vislumbró entonces la posibilidad de convertir a esa alianza en un bloque político con una conducción única, en el que los diferentes partidos que lo integraban pasaran a constituir segmentos de este bloque a los que propuso llamar "destacamentos", distinguidos por el nombre de la más relevante personalidad histórica de cada uno de ellos. Los socialistas habrían de denominarse Destacamento Eugenio Matte; los comunistas, Destacamento Luis Emilio Recabarren; los radicales, Destacamento Pedro Aguirre Cerda; los partidos de origen cristiano, Destacamento Rafael Luis Gumucio, y así, los demás partidos de la

Unidad Popular. Intentó dar forma a esta iniciativa a propósito de las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, logrando que los partidos de izquierda inscribieran sus candidaturas como partido unido de la Unidad Popular. Pero, desgraciadamente, en aquella ocasión no estaban creadas las condiciones para dar ese gran salto adelante en el proceso de la profundización de la unidad política de las fuerzas populares chilenas. La Unidad Popular no logró forjar una conducción única durante el gobierno de Allende, ni homogeneizar su estrategia y táctica políticas. Ni siquiera fue ello posible en el propio Partido Socialista, en cuyo seno surgieron orientaciones políticas contradictorias que se neutralizaron recíprocamente entre sí y debilitaron su influencia política.

No pudo, nuestra alianza política, entregarle al Presidente Allende –que la reclamaba- una orientación única, coherente y compartida que hubiera significado darle mayor eficacia y fuerza a su gestión política, la que, de haberse logrado, habría hecho difícil o imposible el éxito de la contrarrevolución.

Pero lo que Allende no logró entonces, profundizar, renovar y superar a la Unidad Popular, con la mira de constituir un compacto bloque democrático hacia el socialismo, sigue siendo la más importante tarea actual del movimiento popular chileno. Sin ese bloque, conformado sobre todo a través de la acción común y en el seno del pueblo, descontento y sediento de conducción unitaria y renovada, será difícil derrotar a la dictadura militar, poniendo término a esta fase contrarrevolucionaria de nuestra historia. Lo más que se podrá lograr, sin esa superior unidad, será un retorno a la democracia tradicional, formalista y parlamentaria, lo que está muy lejos de satisfacer la demanda popular de participación activa y permanente en la cosa política y conducción unitaria en la acción práctica. Esta última es, a su vez, condición necesaria para conquistar la hegemonía ideológica en el seno del pueblo por esa izquierda renovada, disputándoles a las fuerzas conservadoras el control de las conciencias y conductas políticas, sin lo cual no es viable pensar en retomar el camino de las transformaciones sociales democrático – revolucionarias que puedan superar el punto muerto y el empate social que subyace como telón de fondo de la situación política chilena, tras la frustración de la etapa democrática formal en lo político y desarrollista en lo económico, sobre determinadas por la estructura capitalista, hegemónica en la sociedad.

De ahí por qué recobre relevante actualidad la trayectoria y el legado unitario de Salvador Allende, en un momento en que bajo una u otra forma, han ido emergiendo en el campo popular y progresista chileno, al calor de la cultura política del reflujo que siguió a la derrota, tendencias que, so pretexto de renovarlo todo y de cuestionarlo todo, con un marcado tinte de diversionismo ideologizante, conducen en la práctica a introducir y magnificar, en el seno de la izquierda, antagonismos secundarios, en torno a diferentes utopías que inspiran a las diversas fuerzas políticas. O en torno a problemas que todavía no ha resuelto nadie en el mundo y a los que sólo la historia, la lucha y la vida darán respuesta definitiva.

Es en el decurso de esa lucha del pueblo chileno, interrelacionada con la de los demás pueblos, donde estas interrogantes encontrarán respuesta, y no en cenáculos académicos alejados de las concretas cuestiones que inquietan a las masas, en relación a las cuales el papel de la instancia y el pensamiento político es

convertir su descontento en lucha y su rebeldía difusa en combate organizado. Ésa es la tarea del día, y no otra. Con lo que ya se ha logrado como consenso entre todas las fuerzas democráticas para combatir la dictadura y conseguir la transición a la democracia plena, hay más que suficiente como para justificar un quehacer unitario y avanzar hacia la conformación de un pensamiento y una conducción unificada de las luchas populares.

No se comprendería el alcance y la actualidad del mensaje unitario de Allende si no aludiera a lo que es su necesario complemento: el espíritu abierto, amplio, anti sectario y anti dogmático de Salvador Allende.

Nunca creyó tener "la verdad en el bolsillo", y siempre escuchaba las opiniones que le parecían autorizadas y responsables. Nunca anatemizó ni descalificó a los que, en el seno del pueblo, pensaban diferente de él y siempre quiso encontrar en ellos la parte de verdad que contenían sus opiniones.

En la hora actual, la lucha contra el sectarismo y el dogmatismo, a los que en sus palabras y en sus actos siempre Allende combatió, es elemento decisivo para que podamos enriquecer, unir y renovar a la izquierda chilena, pensando siempre que, en el seno del pueblo, las diferencias no son antagónicas ni justifican enconadas querellas, sino por el contrario, cada una de ellas refleja valorizaciones complementarias de la realidad, la cual no se puede ni comprender ni transformar si no se la capta en su totalidad y en sus matices, para lo cual la erradicación del espíritu sectario y la estrechez dogmática es condición indispensable.

Su legado nacional

Cuando, de modo folklórico, Allende afirmaba que la revolución chilena debía tener "sabor a empanada y vino tinto", estaba apuntando a la necesidad de enraizar al movimiento popular a nuestra historia y sus tradiciones, y poder así proyectarlo hacia el futuro. La vía chilena al socialismo, de la cual hablaba Allende, no debe entenderse como si hubiera creído que nuestra sociedad escapaba a las leyes generales que rigen los procesos sociales, sino al hecho de que esas leyes se manifiestan en nuestra historia a la manera chilena, de acuerdo con la forma que en nuestro país se han ido dando las constantes de la historia universal y que, como en todas partes, resultan inéditas y expresivas de lo particular de las situaciones específicas.

Su valorización del ingrediente democrático en la búsqueda concreta de la revolución chilena, como un elemento siempre presente en la forma como el pueblo chileno se ha ido abriendo camino en la sociedad global y en la historia, resulta ser, así, un componente que no se puede negar o desconocer si se quiere que el movimiento popular se sustente en las luchas del pasado y del presente y no aparezca como una irrupción inusitada, sin relaciones de continuidad con las conquistas democráticas con que ese movimiento fue permeando la vida nacional a lo largo de su historia.

No se trata, pues, de que nuestra democracia, supuestamente a diferencia de otras, esté por encima de las clases, y de que la pugna entre ellas no sea en nuestro país irreconciliable –como lo demuestra la contrarrevolución– contra el gobierno de la

Unidad Popular-, sino que en Chile el apoyo y el sustento democrático de las mayorías nacionales es condición para el avance victorioso del proceso de cambios, el que no puede ser impuesto artificialmente desde arriba, sino que debe edificarse sobre el consenso de las masas populares, su organización y sus iniciativas.

Este carácter nacional del legado de Allende se manifiesta claramente, si recordamos que su apasionada solidaridad y apoyo a las experiencias de otros pueblos, entre ellos los de América Latina, no implicaban para él que nosotros tuviéramos que imitar esas experiencias y diluir nuestra particularidad nacional en lo general o en lo específico de otras situaciones, sino sólo vertebrar nuestra lucha con la de los otros pueblos del mundo.

Su legado antiimperialista y agrarista

Allende tenía conciencia de que la brega contra el imperialismo constituía un rasgo esencial e insoslayable de nuestro proceso de liberación nacional.

Su nombre estará siempre presente en nuestra historia como el mandatario bajo cuyo gobierno se nacionalizaron las empresas de la gran minería del cobre, la llamada "viga maestra" de la economía chilena y nuestro principal recurso natural en la época.

No es por casualidad tampoco que se haya denominado "doctrina Allende" a la doctrina expropiatoria de las riquezas que, en los países dependientes, están bajo propiedad foránea, tomando en cuenta para los efectos de la indemnización, el hecho de que las empresas imperialistas han obtenido, en el pasado, abultadas y exorbitantes utilidades, cuya magnitud hace legítimo el descontar lo que de ellas exceda a las utilidades normales, cuando se quiere determinar el precio de la expropiación.

También Allende comprendía que la emancipación social de los chilenos, no podía consumarse sin la incorporación activa y participante del campesinado a la vida nacional. De allí su decisión de profundizar el proceso de Reforma Agraria, entregándoles a los campesinos la tierra para ser trabajada particular o cooperativamente, estimulando al mismo tiempo la organización y la concientización del campesinado, proceso que alcanzó especial relevancia durante su gobierno.

De esta forma, la dimensión antiimperialista y anti latifundista, como contenidos sustantivos del programa de la revolución chilena –consigna que amplios sectores del pueblo, a veces, no sienten o no valoran en su urgencia-, se vieron materializadas e impulsaron nuevos esfuerzos y movilizaciones que multiplicaron el compromiso de las masas trabajadoras con el que fue, efectivamente, su gobierno, el más justiciero y patriótico de la historia de Chile.

Su legado latinoamericano e internacionalista

Allende comprendía que la lucha contra el imperialismo no era sólo una lucha del pueblo de Chile, sabía que también lo era de los otros pueblos latinoamericanos y que era menester plantearse unitariamente, a escala continental, la realización de la gran tarea reivindicadora de nuestra soberanía y nuestras riquezas.

De allí su decidido y resuelto apoyo, desde el comienzo, a la Revolución Cubana, su estímulo a las iniciativas que, en los años sesenta, propiciara el ex –Presidente Cárdenas para organizar un gran movimiento social y nacional y de la emancipación social de nuestros pueblos. De allí su presencia entusiasta en todas las iniciativas que, desde su fundación, propugnara el Partido Socialista chileno para coordinar las luchas de los partidos afines del continente.

Durante su gobierno, Allende llevó a la práctica esa dimensión bolivariana de su pensamiento. Por eso se empeñó en la realización del proyecto integrativo sub-regional del Pacto Andino; de allí también sus esfuerzos por mejorar nuestras relaciones con los países vecinos, las que alcanzaron señalado éxito, e igualmente su empeño por anudar, por vez primera, relaciones fraternas y solidarias con México.

Proyectándose más allá de América Latina, Allende comprendió la necesidad de ligar a Chile al Movimiento de los No Alineados, y de vincularlo a los esfuerzos que los pueblos del Tercer Mundo realizaban por construir un más justo y nuevo orden económico internacional, inspiración que logró cristalizar con la celebración en Chile, de la Tercera Conferencia Internacional para el Comercio y el Desarrollo, en la cual su participación como Presidente de Chile fue descollante y decisiva.

Allende comprendió a través de la experiencia y de la correcta lectura de la realidad de nuestro tiempo, la verdad y la profundidad del contenido internacionalista del socialismo. Supo valorar, en consecuencia, la significación del respaldo que la comunidad de Estados socialistas entregaba a las luchas liberadoras de los pueblos y la importancia de las transformaciones sociales que se llevaban a cabo en su seno, sin adoptar tampoco, frente a ellos, una actitud acrítica y obsecuente, que no se avenía ni se aviene con el carácter autónomo del socialismo chileno ni con su acendrada convicción de la necesidad que Chile construyera su propia inserción en el movimiento revolucionario mundial.

En este contexto Allende fue un activo luchador por la causa de la paz y no escatimó energías en respaldar con su actividad y su presencia todas las iniciativas destinadas a favorecer la distensión y promover el desarme, convencido como estaba que el conjurar el peligro de una guerra nuclear -a lo que conducía la agresiva conducta imperialista- era y es uno de los principales objetivos de las fuerzas avanzadas y progresistas de la humanidad.

Su legado partidario y socialista

Salvador Allende expresó en un torneo partidario, próximo a su asunción a la Presidencia de la República, después de la victoria electoral del 4 de septiembre de 1970: "Todo lo que soy se lo debo a mi Partido". Hablaba entonces, el Presidente electo de Chile por la voluntad popular.

En esas breves, pero significativas palabras se encierra toda una definición de su postura política. Allende no era un caudillo. No era un líder populista. No era un personaje mesiánico que se encumbraba al calor de los sentimientos y en la fragilidad de las coyunturas. Allende era un militante del Partido Socialista, un hombre cuya personalidad política se forjó en el seno del pueblo organizado, consciente y en ascenso.

Allende era un hombre de partido. No en el sentido menguado de la asistencia escrupulosa a las reuniones, por las reuniones; ni en el sentido de la introvertida conducta del hombre de aparato, para quien el Partido es un fin en sí mismo y su orgánica un sustituto caricaturesco de las masas. Muy por el contrario, Allende era un socialista presente donde había que pelear, fuera ante una multitud enfervorizada de huelguistas, fuera en el Congreso Nacional para disputarle la hegemonía en el debate parlamentario al adversario de clase. Fuera en un torneo internacional donde debía escucharse la palabra chilena y socialista, fuera en el gabinete de un Ministro para exigir con firmeza el respeto por los derechos del pueblo. Fuera estimulando con su conducta a los pobladores que se "tomaban" un terreno para construir allí sus viviendas, fuera ante la Asamblea de las Naciones Unidas, para plantear como Presidente de Chile las grandes reivindicaciones nacionales.

Así entendía Allende ser hombre de partido. No encapsulándose en el seno de los comités ni en los conciliábulos más o menos estériles para discutir para cuestiones accesorias, sino abriéndose al pueblo y yendo hacia él, para hacer conciencia, movilizarlo y organizarlo. Y en esa apertura hacia los trabajadores chilenos él veía la acción de una idea cristalizada en una organización: el Partido Socialista.

Por eso expresó, dirigiéndose a sus camaradas: "Como militante socialista y compañero Presidente de Chile, no puedo pedirles otra cosa a ustedes, mis hermanos en la idea y en la acción, que hagan del Partido un instrumento duro, firme y acerado, flexible, combatiente, con centralismo democrático y auténtica conciencia revolucionaria".

Lejos, pues, del pensamiento de Allende, el menosprecio de la instancia partidaria y el personalismo descontrolado. Desde el gobierno de la Unidad Popular lo que él exigía y reclamaba era orientación y línea, elaborada por la instancia política unitaria para hacerla realidad desde el poder. Y su principal descontento provenía de las insuficiencias de la alianza política que lo llevó al poder, para inspirar y proyectar la acción gubernativa, pues nunca se sintió por encima de los partidos, sino que quiso siempre y aspiró a serlo, un legítimo y consecuente intérprete de las aspiraciones populares, procesadas por los partidos –que ésa es su misión- y traducida, luego, en una línea política, la que debía servirle de faro orientador.

Importante y actual resulta en esta hora remarcar el rol que Allende les asignaba a los partidos políticos populares, en un momento como el actual en que ingenuos espontaneísmos y liquidacionismos desmovilizantes pretenden cuestionar el papel imprescindible, necesario y esencial que la instancia política cumple en el proceso social transformador, como el verdadero sujeto real consciente y eficaz de los cambios que se quiere producir en la realidad social.

El legado moral de Allende

No podía culminar esta evocación al mensaje que Allende entregó a la posteridad, a las generaciones actuales y venideras, sin reparar en la lección moral que deja su compromiso político, sellado por la entrega de su sangre en aras de sus ideales, que eran los de su pueblo y de su patria.

¡Cuán gigantesca y distinta aparece su imagen ante la historia, si se la compara con la de tantos caudillos y caudillitos, políticos y politiqueros, que han hecho del quehacer público sólo un trampolín para satisfacer ambiciones personales o de grupo!

Los chilenos, y en especial los socialistas, nos inclinamos ante su figura histórica, cuyo legado ético, cuya estela moral es y será motivo de orgullo para quienes fuimos sus camaradas y somos ahora responsables de restaurar y renovar la democracia chilena enrumbándola en la dirección del socialismo.